

preciable!) seducir a una espía, una Mata Hari de grotesca cepa criolla, con el objeto de arrebatarse sus secretos, o, por lo menos, desbaratar sus delaciones culposas. Total que, doctor y todo, es cínicamente burlado por la mujer y el Iscariote políticoide...

Mientras tanto, ¿qué es del bizarro piloto, el «cazador de luces»? El autor no lo dice claro. Pero Margarita, más resuelta, logra encontrarle, y hasta danza con él en «La Jungle», el fantástico cabaret de Montparnasse...

—Menos mal que lo encuentra,—dirá el lector.—Sólo que...

El brioso y valiente Luna había degenerado en vulgar apache. *Omnia transic.* ¿Qué había pasado? Responderé con la frase lapidaria de Augusto D'Halmar: «Nada ha pasado, sino la vida».

—

Hasta aquí la novela de Juan Marín. Ya hemos dicho que su temperamento es reflejo de la época, plena de inquietud. La concisión de sus páginas dice que su autor vive de prisa, y que no son más que notas al margen, escritas febrilmente, mientras el jazz azota con sus timbales y el humillo de la pipa viajera azulea sus pensamientos.

Ya vendrá el libro amplio y profundo a decir las verdades que su noble espíritu nos reserva. Porque, artista y sabio, hombre que inquisitivamente escarba en ese laboratorio que es el alma del hombre, Marín no escribe para que los señores

burgueses hagan la digestión, a la hora plácida del café. Su libro es, pues, su más bella promesa.—
Luis Roberto Boza.

ENSAYOS

VIDA DE MANUEL RODRÍGUEZ, por
Ricardo A. Latcham.

Un libro onomatopéyico. Por el personaje, por el estilo y por el temperamento del autor. Hasta, un poco, por las épocas respectivas. La impulsividad, la impulsividad un tanto desazonada, pero de jugosa realización, es la característica unísona de estos cuatro términos.

Esa precipitación acuciosa de Latcham por la consecución de la obra, —la misma precipitación fatal del héroe hacia el fin de su destino— desdeña u olvida la sólida trabazón de los hechos. le hace caer a veces en anacrónicos paréntesis, o dar saltos hacia atrás. Aunque, en realidad, estas son «retrogradaciones aparentes»; pues en el fondo el libro está bien concebido, su desarrollo es lógico, y, si el método no es del todo riguroso, la investigación es concienzuda y cabal la imparcialidad. Lo que, tratándose de un escritor vehemente, es un doblado mérito, muy ajeno a otros escritores, fríos y metódicos...

Sí. Pese a las severas taras que por imperativos de la verdad histórica hayamos de cargarle al malogrado guerrillero, él nos resulta, siempre, no sólo uno de los Padres de la Patria, si no, también, el padre de la castiza «chilenidad». En este li-

bro, su fisonomía psicológica está fotográficamente revelada, tanto como su vida misma, y si es verdad que a veces retrocede a un plano secundario, hay que considerar que ello se debe a la aparición en escena de la figura primordial de José Miguel Carrera, el Jefe epónimo de esa trágica familia de proscritos. Después, la sombra dramática de Manuel Rodríguez no retrocede, ni ante O'Higgins, ni ante San Martín.

La imparcialidad es una de las buenas cualidades de esta biografía. Está medida con justeza. Pero... es una imparcialidad volitiva, cerebral: subrepticias, muy disimuladas, nos parece sospechar, bajo el desnivel de los respectivos caracteres, instintivas corrientes de simpatía del autor por algún personaje capital del libro! Es el sentido de la raza. ¡Yo no sé qué sentido tiene este sentido de la raza, que, a través de perdidas ramificaciones, aflora inevitablemente su afinidad en las fibras emotivas del hombre. Porque, este Latcham, acucioso e impulsivo, poco tiene que ver, aparentemente, con aquel calmoso O'Higgins patriota un algo acomodaticio y un mucho obcecado. Aparentemente. En el fondo, quizá la misma raíz tenaz, las mismas savias vitales que nutrieron la vieja encina prócer, afirman ahora los ímpetus enhiestos de este joven escritor.

La juventud de Latcham, demasiado exuberante acaso, es quizá uno de los actuales obstáculos para el sazonado logro de sus obras. Sus libros, bellos algunos, nos parecen todos un poco agrios, agridulces,

frutos tempraneros. Pero, el árbol es de noble fibra, y llegarán los días de la madurez espléndida...

Ricardo Latcham, ha ido conjugando, con mayor o menor perfección, todos los géneros y modos literarios. También esto hay que considerarlo. Su intención, ahora, ha querido poner en clara acción gramatical, un accidentado Verbo de la Independencia. Formalmente lo ha conseguido. Y si cualitativamente su vida de Manuel Rodríguez no es del todo lo que quisiéramos, quizá la culpa no sea sólo del autor, si no, también, del personaje mismo escurridizo, a la luz de la realidad...

En todo caso, hay en el libro dos condiciones valiosas, valiosísimas: la manifiesta verdad histórica, y el hondo interés dramático, que nos acompaña hasta su fin.—*Guillermo Koenenkampf.*

LITERATURA

ARTÍCULOS DE COSTUMBRES Y LITERARIOS, por *Bolet Peraza, N. (1).*

Algunos escritores de América del pasado siglo y aun del presente debieron vivir por el desorden democrático de sus patrias un aciago sino, que muchas veces dió a sus existencias el carácter de algo tronchado, incompleto.

Uno de esos escritores en la Venezuela de mediados del siglo XIX fué Nicanor Bolet Peraza. Dueño de un temperamento de una riqueza vital extraordinaria, fué como buen hijo de aquel país tropical,

(1) Araluce, Barcelona.